

### Arquitectura y psicoanálisis

Bueno, en primer lugar quiero agradecer la invitación que me formulara Ana María Gomez en nombre de Grupos clínicos de Buenos Aires para reflexionar en torno a la Soledad, el pensamiento y la creatividad a partir de una experiencia única pero desplegada a partir de una doble vertiente, o desde los vértices de dos oficios , el de arquitecto y el de analista.

La verdad es que concuro muy alegremente, el tema me convoca quizás por el hecho de poder sentirme tan gratamente acompañado para hablar de algo que al mismo tiempo posibilita sentirme profundamente sólo. Entonces no voy a hablar para Uds., probablemente para nadie. Es más, me permite esta convocatoria por primera vez concurrir con puras trazas de escritura. Es como si recobrase el encanto de asistir a un encuentro donde el desencuentro es posible. Reflexionar en torno a la soledad, lugar del encuentro del sujeto con algo de orden del objeto (a) y de un espacio de nada

Al inicio, un preámbulo. En cierto modo una forma de quedar de suyo totalmente inserto en la temática de la jornada que nos convoca.

Yo voy a intentar hablar de la soledad del sujeto de distinto modo como lo hiciera en el día de ayer Jorge Mosner.

No voy a hablar de la soledad del yo, con la que de cualquier modo vivimos cotidianamente y por ello en nada despreciable. De aquella soledad que nos hace reclamar al otro del semejante por sus ausencias, que inspira letanías románticas que aluden al permanente abandono, a esa soledad que nos hace preguntarnos en Primavera, deshojando una flor de aquellas que en mi país se llaman Margaritas, en un intento vano por encontrar un saber acerca de si me quiere mucho, poquito o nada.

No constituye este abandono del yo ninguna reivindicación de ningún tipo. Todos vivimos esa soledad especular, pero en algún punto en tanto se gesta algo del orden de la producción de un acto de creatividad hay algo de la especularidad que se resigna. Los espejos se quiebran, las imágenes se hacen difusas y el otro desaparece. En un punto de mayor radicalidad el Gran Otro también cae. Es ese punto de inconsistencia que nada tiene que hacer con la melancolía, pero si con lo siniestro, a donde la creación nos convoca.

Entonces para replicar a posteriori, a aprés cup, a mi colega que inauguraba con su ponencia las jornadas, no me refiero a la soledad ni desde la vertiente de la paranoia ni tampoco desde la melancolía.

No voy a hablar de esa soledad, mas bien voy a hablar de la soledad constitutiva de la novedad a la que remite todo acto de creación.

Voy a hablar de la soledad de ese encuentro de los creadores (que no lo son siempre), de los artistas, poetas, analistas.

Voy a hablar de la soledad entonces en cuanto ella se instala en el pulso evanescente de un corte.

Voy de ese modo a hablar de una soledad en cierto modo invivible, aunque por escasos momentos, inquietina de la experiencia subjetiva.

Es la soledad que se atisba en estos pasos a través del fantasma, esos momentos de ausencia del Otro, esa soledad del propio deseo a la que a veces nos acerca el fin de análisis. No podría ser por ello un estado del sujeto, en ese punto, si así se supusiese, sería

esa misma consistencia la que armaría de nuevo el fantasma, restauraría un espejo craquelado o se sometería a la demanda del Otro.

El fin de análisis sólo remite a los atisbos de un instante subjetivo que nos permite saber que eso ocurre. Vivir allí, eso sería un imposible. Se hablaba de la soledad del suicidio aquí. Bueno el suicidio sería un paso permanente con ese encuentro. Un permanente estado de nada pero sin retorno.

Se puede construir fantasmas con telas cada vez más delgadas, los velamientos pueden ser cada vez más tenues pero no se alcanza estados místicos al fin de análisis. Quizás un cierto lugar a la ternura. Un mejor modo de nudo especular. En fin. Hay que saberlo, al decir de Alicia, nada es nada para siempre.

No obstante la imposibilidad de su consistencia, la soledad constitutiva pulsa en el sujeto. Estamos hechos de muerte. Somos seres para la muerte.

Hablamos entonces de la soledad radical del sujeto, que de pronto, por un instante, sienta a la muerte en sus rodillas y como Rambaud, se espanta de ese encuentro con lo siniestro que lo deja mal sostenido en un desamparo infinito.

No hay otro del semejante, ni sombra del objeto, ni la proyección del gran Otro en un semejante de turno. Por fuera del espejo se esta radicalmente sólo.

Después puede haber un detrás del espejo donde se crean nuevos mundos, se producen otras historias y se generan los espejismos de las fantasías.

En el momento del cruce a la soledad hay sólo nada. Un roce con el velo del Real de la muerte.

Hay un Goce allí, un Goce Otro, Otro Goce que nos sitúa de pronto de cara a lo siniestro. Tangencia ( para usar metáforas de la geometría consustancial a la arquitectura) que como tal, en un punto toca una línea que simultáneamente abandona.

Punto de encuentro de lo heimlich y lo umheimlich.

Pórtico de lo siniestro que inaugura un espacio de radical abandono.

Punto de sostén insostenible. Liga geométrica que no hace superficie. Punto de nada.

Soledad del yo, desamparo del sujeto.

Hilflosigkeit de Freud. Desamparo.

Oh antigua soledad, vieja soledad, pareces soledad tener la **edad del sol**.

Entonces, en la apertura que el desamparo revela algo acerca de la arquitectura.

El espacio de la arquitectura al igual que el objeto en el psicoanálisis, siempre refiere a un vaciamiento, a un vacío que remota necesariamente a un punto de soledad. A un encuentro con la nada entre los paréntesis o los límites a esa nada.

En cierto modo una hiancia que permite que algo del inconsciente advenga.

La arquitectura como la construcción de un vacío remite necesariamente a un acto de encuentro en la novedad, con lo fundante, en tanto soporte de un vacío que sustente un acto de habitar del sujeto.

La arquitectura es como el acto analítico un acto pleno de subjetividad.

La novedad de este acto, en tanto acto fundacional, remite a la creación. A la generatriz de un objeto evanescente en el vacío al que la creatividad convoca.

Evanescencia que en las palabras de Leonardo alude a la luz. Podemos decir que la arquitectura en tanto acto no es objeto sino en el instante fugaz de la constitución de un espacio que adviene en la nada y se sostiene en la inmaterialidad de la luz.

En la iglesia de Saint Denis en París el espacio no se constituye ni en la majestuosidad de sus arcos, ni en la fragilidad de sus arbotantes, ni en la extensión de los vitrales que perforan el llenado de sus muros.

El espacio se muestra evanescente en un giro que la luz revela en el sagrario un día de otoño en París. Espacio que lleva en si mismo la naturaleza de la evanescencia y por ello el destino de no ser nunca el mismo.

Me refiero al espacio de la arquitectura que se funda en el sujeto, arquitectura que recoge algún acto subjetivo, es decir, la arquitectura que se revela como sostén de la ocurrencia de un acto esencialmente humano.

Esto deja fuera a la arquitectura pensada como objeto, como monu-mento, es decir deja caer la consistencia de los afanes narcisísticos (demasiado objetales) de las torres que rascan el cielo, de las fortalezas o de la pesadez de las construcciones con las que se representan los tiranos de turno.

Incluso el arco del triunfo solo revela el espacio que conforma, en el paso, en el cruce, en la pasada, en el pasaje, en el intervalo del paso del triunfante.

Sólo es un acto de pasaje no de permanencia.

El Rubicón no marca la traza de Cesar sino en el acto de su atravesamiento.

Difícil tarea la de pensar la arquitectura en la sutileza de una filigrana, en el contorno o borde evanescente de un vacío.

¿ Como lograrlo en medio de la referencia a una materialidad que permanentemente intenta consistirla.?

Por ello podríamos pensar que el espacio, como el ICC, no reviste materialidad.

El peso de la materialidad hace de lastre al espacio de la arquitectura como la biología intenta reducir el ICC.

El espacio al que remite la arquitectura en tanto se desprende de la materialidad del objeto, remite siempre a un acto subjetivo. En ello la arquitectura no se puede desprender de la lengua, mas propiamente de la palabra, que constituye en el acto de nominación el espacio que sustenta el advenimiento de tal acto.

De este modo la palabra antecede al espacio, lo nombra, y en ese acto lo hiende con la imposibilidad de dar con una forma que lo represente.

El espacio de este modo dará cuenta de la misma imposibilidad estructural a que la palabra remite.

La palabra es la muerte de la cosa o al decir de las odas Nahuatl de nuestra América : Las palabras no dan cuenta de las cosas que nombran.

Una desmedida que la arquitectura en vano busca proporcionar. Una pro-porción que como la simetría en el arte zen nunca se completa. Hay una porción que queda afuera, un resto que queda por fuera.

En esto del no todo el psicoanálisis como la arquitectura en un punto alude a la incompletitud femenina. Entre perder y esperar se dan modos distintos de comparecencia de nada. Algo así como esperanza y nostalgia. Penélope espera, Ulises recuerda.

Oficio curioso el de los artistas, arquitectos, escultores o analistas. Todos ellos se juegan siempre en un borde de evanescencia que de algún modo se revela más allá del peso de la materialidad que la sustenta.

No es el mármol en el David de Miguel Angel, es la piel que se construye en su borde lo que conforma la ex - cultura.

Al fin y al cabo, ¿ que revela que la paradoja de su oculta ignorancia sino la ausencia de la lengua.?

Non habló. En tanto objeto no puede perder su estatuto de cosa. En tanto borde alcanza los estatutos de la palabra o al menos a ella convoca. No en vano el autor lo emplaza a un acto subjetivo el que en tanto materialidad no lo logra.

¿ Pero será mudo en realidad el David? y ¿ Moisés era mudo?. Sabemos que al menos actos de escritura tuvo, de aquellos que remiten a la ley. Se desprendió de las tablas las dejó caer en un acto de escritura.

Un profeta o un poeta, de cualquier modo Moisés debe haber sido un artista, Miguel Angel lo fue sin duda. En lo de Miguel no se. En lo de Angel seguro, en esto de desconsistir el cuerpo. De volatizarse como sólo los ángeles pueden.

Los mecenas, que en si no eran malas personas, intentaban angelizarse en las figuras rechonchas de los querubines que pueblan los frescos de las cúpulas de tantas iglesias de América. Allí se le representaba con cuerpos de ángeles (impúberes, infantes exentos de sexualidad hasta que Freud dijo lo contrario) y con el rostro de ellos adosado a este cuerpo que no les pertenecía.

Un querubín que remite a lo Umheimlich. A lo siniestro al decir de Freud en esto de rostro adulto en un cuerpo de niño. Algo parecido a una gárgola, condensación de belleza y monstruosidad que remite a lo que simultáneamente es aterrador y sublime.

Las gárgolas de hecho representan la marca de la fractura, la muestra de la medida, de lo imperfecto, de la inconsistencia, del vacío de aquello que había devenido demasiado pleno. La Sofrosine griega que en esto de medida le permite poner un límite a un infinito demasiado consistente. La medida no es sino la medida que genera la hiancia que hace de soporte y posibilita en ello toda caída. La medida como fractura de la totalidad, como acto de pérdida, deja al sujeto inerme ante su propia soledad.

El acto analítico y el acto poético en esto de la soledad se parecen. Por ser actos sustentados en la palabra, en su propiedad más radical, en su fractura esencial, son actos de desprendimiento, de pérdida, en cierto sentido de muerte.

De sujeto des-asujetao, de sujeto desprendido por ello radicalmente sólo.

Sujeto enfrentado al desamparo, errante, pordiosero, sujeto de la Hilflosigkeit de Freud.

Ser artista es siempre ser poca cosa. Los poetas, esos radicales libres del arte, esos al fin y al cabo son siempre desamparados.

De este modo el arquitecto no es el constructor de catedrales sino el artífice de su espacio como el analista no es el médico que trata los síntomas sino más bien el artífice del inconciente.

Espacio e inconciente se manifiestan pero no se presentifican. Hay algo de esquiva ausencia a la que no se resignan.

Acto analítico y acto arquitectónico, ambos sustentados en la palabra subjetiva en tanto enunciación poética, en lo que ella tiene de impropiedad.

Acto de renovación y belleza que remite a un sujeto que lo soporta.

Sujeto caído, fracturado en la encrucijada de asumir lo esencialmente humano: la nada, el vacío, el desamparo de su irreductible soledad.

Al final sólo de muerte se trata. Como dice Manrique : al final siempre nos gana la muerte.

Hoy día aquí no hemos puesto un ladrillo, no ha habido ni argamasa, ni pilares, ni pegas.

No ha habido juntas a rellenar, revoques o afinados que completar.

¿Pero se puede convenir en que hay algo del orden de un espacio que se conforma?, ¿desde que lugar.?

¿Quién dibuja los trazos como sutil alarife de este espacio.?

¿Quién genera este espacio, que arquitecto, que artista, que analista, hace esta tarde de este lugar un espacio.?

Al fin y al cabo que importa, ya que en mérito a la palabra un acto de escucha permite que ciertos cuerpos se agrupen, crucen miradas, habiten el espacio por momentos excesivamente lleno, por momentos tremendamente vacío y en algún punto ¿lo sabemos?, en la presencia de un desamparo infinito nunca demasiado extenso.

Paradoja de soledad me recuerda aquellas palabras de Alicia, Alicia de las maravillas, de las palabras, en su enunciado : *nunca , es demasiado...nunca es demasiado.*